

COMEDIA DRAMATICA

800-2(866) NAVARRO

N322a

"LA MINA

O

EUGENIO de la E"

POR

JORGE NAVARRO BONNET

DOS ACTOS	
BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 7461	AÑO 1991
PRECIO	DONACION

308

0002929-J.

REED & REED - Departamento de Imprenta

GUAYAQUIL

1938



PROPIEDAD REGISTRADA

LECTOR:

ESTA OBRA, GALANTES AMIGOS, FUE INSPIRADA EN UN CASO HISTORICO QUE TUVO POR TEATRO ESTA CIUDAD, I NARRADO AL AUTOR POR EL HIJO DE LA VICTIMA. INDUDABLEMENTE, LLEVA ESCENAS FANTASEADAS POR EL AUTOR PARA PRESENTAR CON VELOS DRAMATICOS ESA GRAN TRAGEDIA HUMANA, POR MUCHOS CONOCIDA I POR MUCHOS, TAMBIEN, HASTA HOY, **SENTIDA.** HE QUERIDO EN ELLA MATIZAR LOS COLORES VIOLENTOS DEL DOLOR, COMO, ASIMISMO, DARLE MAS VIDA A LAS TINTAS DE LA COMICIDAD. HE REENCARNADO EN AIDA EL TIPO MORAL DEL PADRE DE EUGENIO, Y EN ESTE EL APENADO ESTOICISMO DE SU MADRE.

A LAS PERSONAS QUE CONOZCAN LA HISTORIA QUE OFREZCO, LES ENCARGO DE LA MANERA MAS SOLICITA NO REVELAR, SI HAN LLEGADO A DESCUBRIR, LOS VERDADEROS NOMBRES DE LOS LEGITIMOS ACTORES DE ELLA. ASI LO EXIGEN LA PIEDAD I EL DECORO.

EL AÑICHE QUE ILUSTRA LA PORTADA DE ESTA OBRA ES
INSPIRACION DEL NOTABLE DIBUJANTE

=====SEGUNDO ESPINEL=====

1.938

COMEDIA DRAMATICA

“LA MINA
O
EUGENIO DE LA E”

POR

JORGE NAVARRO BONNET

DOS ACTOS

REPARTO:

AIDA.....	36 años
MERCEDES... ..	42 „
LOLA	18 „
BONDAD.....	45 „
EUGENIO.....	42 „
RICARDO.....	50 „
JORGE.....	20 „
JOSE.....	25 „
SALOMON.....	50 „





ESCENA I

La escena se desarrolla en la pieza de lectura de una casa rica, a las doce i tres cuartos de la noche. Hay una radiola. Adáptese a ésta una picot, disimuladamente, para poder simular que se capta una Estación Radio-difusora. Muebles lujosos i cuadros. Puertas de foro i laterales.

(Salomón durmiendo en una butaca, luego doña Bondad.)

BONDAD

—(*Sale con un plumero en la mano*) ¡G! Las doce i tres cuartos de la noche i todavía la pobre humanidad de esta vieja enferma, trabajando, mientras la santa criticona de doña Mercedes, haciendo el más caprichoso recorte de la vecindad con su lengua de tijera! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Ya me lo había supuesto! Durmiendo el vejestorio éste. (*Acercándose a Salomón.*) ¡Don Salomón!

SALOMON

—Perdone Ud., doña Bondad.

BONDAD

—I sí que la tengo. Si no fuera por élla, ya Ud. dormiría a la interperie. Pero

levántese Ud. que no tardará en llegar el señor.

SALOMON

—Qué...? Ha salido el señor?

BONDAD

—Sí, salió con don Eugenio. Porque de otra manera ¡ay de él! Oh!, pero si Ud. hubiera conocido a mi marido...ese sí que era un hombre!

SALOMON

—Valiente?

BONDAD

—Como un león.

SALOMON

—I la quería mucho?

BONDAD

—Me adoraba.....Bien, que entonces era yo joven i hermosa.

SALOMON

—Si todavía lo es, doña Bondad.

BONDAD

—Rezagos de lo que fui. Pero levántese Ud. No tardará en buscar la cama la señora, i como de costumbre tomará el té.

SALOMON

—¡Cómo me duelen los huesos! I a propósito del té...¿prendió Ud. el fogón?

BONDAD

—Si, lo prendí de lástima. Pero muévase Ud., hombre de Dios. Deje a un lado la poltronería.

SALOMON

—Pierda Ud. cuidado. Ya me levantaré. (*Bondad, marca el nutis*) Se marcha Ud?

BONDAD

—Tiene algo que contarme?

SALOMON

—No, pero.....

BONDAD

—Pero, qué?

SALOMON

—Chito, que viene la señora.

BONDAD

—¡Buena suerte, don Salomón. (*Mutis*).

SALOMON

—Gracias, doña Bondad. I por esta puerta, good by. (*Mutis*.)

ESCENA II

Aida i Mercedes

MERCEDES

—¡Dios nos libre! ¡Estoi escandalizada! I éstas son las honradas?

AIDA

—Estas son, justamente.

MERCEDES

—No quiebran un plato. Se la pasan con el rosario en la mano i el «Ave Ma-

ría» en los labios. Pero cuando el bullicio de la ciudad se va extinguiendo, cuando las calles quedan desoladas, cuelgan el rosario i olvidan el «Ave María», para dar lugar... No, no, yo no digo nada. Tú me conoces, buena amiga, lo discreta que soi. Lo que hemos visto es alarmante; pero yo no digo nada. ¡Dios nos guarde! ¡Que unos suben i otros bajan, dice la vecindad..... Oh!, ¿pero quién les va a prestar crédito a las malas lenguas? Además, yo no digo nada..... tú me conoces bien, Aida.

AIDA

—Indudablemente. I tengo de tí el mejor concepto. Siempre te he admirado por tu merecida buena fama, tu modestia i tu moralidad. Persistes en aquel consejo sabio, que dice: «Ver, oír i callar». Lo que te ha producido, como justo resultado, la estimación i respeto de todos los que tenemos el honor de conocerte.

MERCEDES

—Mil gracias. ¡En boca callada no entra mosca! Una tarde, hace ya algunos meses, en forma inopinada, vino a visitarme la mayor de ellas. Sin decir, agua va!, me habló de nobleza, de fortunas legadas por parientes que murieron en Europa, del señor cura i de los pecadores.

AIDA

—Sí?

MERCEDES

Según élla, la humanidad es una desbordada corriente de corrupción i de vi-

cio, de depravaciones amparadas por las doctrinas modernas que han traído consigo el libertinaje i la incredulidad. Todo tiene un tinte de amarillez purulenta. La lascivia i el adulterio han reemplazado, totalmente, a la honestidad i la compostura.

AIDA

—¿I tú qué le respondiste?

MERCEDES

—Nada. ¿Qué podía responderle?

AIDA

—Es decir, que tú estás de acuerdo con sus opiniones?

MERCEDES

—No, no es eso. ¡Si no que... tú sabes, no me gusta hablar! Charló casi una hora, la más amarga de mi vida, por cierto, i luégo ofreciéndome regresar, se marchó. Como que debo estar agradecida de que no haya regresado.

AIDA

—Sólo tú que eres una santa pudistes soportarla.

MERCEDES

—¿Qué más podía hacer? Algunas noches que me desvelo, i como es costumbre en Ricardo el llegar a la madrugada, me asomo a la ventana por..... por distraerme, ya que, como tú sabes, soi enemiga de escudriñar la vida ajena i he tenido la oportunidad, por extraña coincidencia, de observar que algunos jovencitos merodean por estos si-

tios hasta las primeras horas de la madrugada, i luego han subido las escaleras «mui si señor».

AIDA

—¿De veras?

MERCEDES

—Tal i conforme te lo cuento. (*Se persigna.*)
¡Dios nos libre!

AIDA

—Pero éllas continúan siendo inmaculadas, verdad?

MERCEDES

—Es lo que digo yo. Hacer las cosas a la luz pública es un delito anatematizado implacablemente por la sociedad. Pero cuando se delinque bajo un velo de hipocresía, amparado por la obscuridad i el silencio de la noche, ya no es delito, ya no es pecado, ya no es corrupción. En altas horas de la noche, las corrientes modernas tienen paso libre.... (*Se ríen.*)

AIDA

—I aquellos jovencitos que pasaron con las guitarras i se detuvieron frente a su balcón con ademán de ofrecerles una serenata, supongo serán de los muchos pretendientes de tan “respetadas damas”?

MERCEDES

—Acertaste. En cuanto a los serenos, son novedades que se repiten todos los días, decía una amiguita llena de gracia. Te advierto que cantan lindo!

AIDA

—Sí! Menos mal. I quiénes son ellos?

MERCEDES

—Lo ignoró.

AIDA

—I a qué atribuyes esa forma de retirarse sin cumplir su cometido?

MERCEDES

—Eso también ignoro. Pero imagino que tú verías que una de las ventanas se entreabrió.....

AIDA

—Ya.

MERCEDES

--Pues era la señal convenida....., luego se abrirá la puerta. Bien, esto te lo cuento, porque me lo han contado.

AIDA

—Ya lo comprendo. Suben con mucha cautela.....

MERCEDES

—No; hacen como que se marchan i a la media hora regresan con toda franqueza. ¡Dios nos libre! También te lo cuento, como me lo contaron. Tú sabes que no gusto de atisbar la vida ajena.

ESCENA III

Dichas, Bondad i luego Salomón

BONDAD

—Me necesita, la señora?

MERCEDES

—No, puede retirarse. ¡Qué vieja tan antipática! (*Mutis de Bondad.*)

SALOMON

—(*Saliendo.*) Tomará el té la señora en la sala, o se lo llevo a su pieza?

MERCEDES

—Lo tomaré aquí. (*Mutis de Salomón.*)

AIDA

—Qué será de mi afortunado marido?

MERCEDES

—Lo extrañas?

AIDA

—Extrañarlo? No, sino que

MERCEDES

—Aprende de mí. . . Si viene temprano, bien. Si regresa tarde, también. Además, ha salido con Ricardo. Deben haber ido al club, al teatro, en fin, hay tantas partes adonde pueden ir los hombres casados, que no existen motivos para preocuparse de sus pasos.....Déjalo de la mano.

AIDA

—Sabes demasiado que poco o casi nada me importa él. Pero ya que has tenido la delicadeza de invitarnos a tu casa, debe saber comportarse con todas las reglas que la más trivial civilidad requiere. En fin, es un vulgar que pudiéramos llamar de cuna.

MERCEDES

—Debes recordar que yo te decía: "Pero, qué has visto en ese tipo"? Pero tú, necia, hacías caso omiso de mis advertencias. Ahora confórmate con tu maridito, que ya lo llegarás a querer.

AIDA

—(*Hace un gesto de fastidio*) Escucha: me casé con Eugenio, no por amor, puesto que nunca lo quise, sino ya comprendes. (*Pausa.*) Las propiedades de mi padre estaban sujetas a fuertes gravámenes. La ruina se avecinaba irremediablemente. El último esfuerzo para salvarnos de la miseria, nos empujó más hacia ella. Yo sabía que Eugenio era riquísimo i que me quería mucho...

MERCEDES

—I que te quiere todavía!

AIDA

—No me interrumpas. El día que fuimos notificados por el Juez para abandonar la casa, porque salía a subasta pública, no recuerdo porqué motivo fué Eugenio a ver a mi padre. Lo hice pasar a la sala, entablamos la conversación, que, a pesar de todo, resultó animada. Me dijo, entre otras cosas, que era una ingrata... que había esperado inútilmente mi contestación...

MERCEDES

—Quiere decir que ya te había cantado el amor, por lo menos, *a sotto voce*? (*Se oye el radio.*)

AIDA

—Sí. Una noche en el Club de la Gota de Leche se efectuó un festival. Allí conocí a Eugenio. Me invitó a bailar i al compás de las dulces notas del Danubio Azul, que como una evocación de aquellos tiempos estamos escuchando, me habló de amor. (*Se oye el Danubio Azul.*) Era

una noche de plenilunio que contrastaba, paradójicamente, con la tormenta que se desencadenaba en mi interior. Charlamos hasta la madrugada. Le pedí, repetidas ocasiones, datos de sus ascendientes, pero sin lograr que satisficiera mi curiosidad. Asimismo, i con marcada insistencia, le pregunté sobre el origen de su cuantiosa fortuna.

MERCEDES

—Sí?

AIDA

—Me interesaba conocer estos pormenores.

MERCEDES

—I que te contestó.

AIDA

—Forjó una historia llena de pasajes impresionantes, fantásticos. Me habló de un amigo de él con quien mui joven salió a recorrer tierras, luego de haber trabajado muchos años, como obreros, en una mina de carbón.

MERCEDES

—Un minero; un hurón de los socavones?

AIDA

—Así parece. (*Adoptando un aire afectado.*) Cinco años trabajaron en las grandes i tortuosas huroneras, alumbrados por la mortecina luz de las lámparas de carburo, alimentando sus pulmones con el aire viciado de esos antros de la muerte, en cuyas entrañas guardan, celosamente, las incalculables riquezas de aquellos que tienen el alma más negra i dura que el carbón de sus minas.

MERCEDES

—Eso te contó aquella noche?

AIDA

—Sí, además díjome que una tarde prodújose un violento incendio en el interior de la mina. El terror era indescriptible. Estaban en peligro de morir entre las llamas, sin salvación posible. Su amigo, un adolescente, yacía casi asfixiado en ese infierno. Eugenio, con la ligereza del caso, alzó entre sus robustos brazos el cuerpo inanimado de su amigo, i desafiando valientemente a la muerte, llegaron hasta la puerta. No había nadie, todos habían fugado. Cuando recuperó las fuerzas el amigo de Eugenio, emprendieron juntos la marcha con rumbo desconocido. Llegaron a una ciudad; i tomaron plaza en un barco de alto bordo. Pasaron varios años en el mar, i una tarde al visitar al cónsul en Barcelona, fue notificado su amigo, de la muerte de su padre, quien le dejaba una considerable fortuna. Después disfrutaron de los beneficios i comodidades que brinda el dinero, corrieron de sorpresa en sorpresa por las grandes capitales; pero en uno de esos viajes, naufragaron, salvándose Eugenio milagrosamente.

MERCEDES

—I la fortuna del amigo?

AIDA

— Gran parte de ella fue a parar al fondo del mar. La otra sirvió para que Eugenio labrara la posición que disfru-



ta hoy. (*Pausa.*) Hasta ahí llegó, guardando posteriormente el silencio más absoluto.

MERCEDES

—Es un episodio folletinesco. Dudo que haya existido el amigo de tu marido.

AIDA

—Soy de tu mismo parecer. El amigo de Eugenio no existió jamás. Me interesó su vida..., ya lo ves. (*Se oye el timbre.*) Has oído el timbre?

MERCEDES

—Sí, Es Eugenio i Ricardo que regresan. Hay que disimular. Mira una feliz idea. Les diremos que nos hemos entretenido escuchando un interesante programa que ofrece una Estación trasmisora de París o la que encontremos más oportunamente.

AIDA

—Muy bien. Pero sintoniza rápido que no tardarán en subir.

MERCEDES

—Conozco a la perfección el manejo de este aparato, que ya verás tú. (*Se oye un solo de violín o piano.*)

ESCENA IV

**Dichas i Salomón, luego Ricardo
i Eugenio**

SALOMON

—(*Después de una pausa, sale con unas tazas de té.*) Está servida la señora.

MERCEDES

—Gracias. Alumbre el recibimiento que llega el señor.

SALOMON

—Al momento. (*Mutis.*)

AIDA

—Eres una experta sintonizadora.

MERCEDES

—Pues sí. Es una ocupación de todos los días. (*Pausa.*)

RICARDO

—(*Saliendo con Eugenio.*) Ustedes, despiertas todavía?

MERCEDES

—Disfrutando del placer que proporciona una bella música.

AIDA

—Qué programa más atractivo el que ofrece esa Estación! Hace poco más de dos horas que la escuchamos i sin embargo... ya lo ve Ud. A medida que transcurre el tiempo se hace más nítida su sintonía i se presta más a la recepción.

MERCEDES

—El locutor...es mui oportuno i habla correctísimamente el francés. ¡Oh, quién estuviera en París!

RICARDO

—Parlez vous français, madame?

MERCEDES

—No lo parlo, pero si lo comprenpa.

ESCENA V

Dichos, y Salomón

SALOMON

—(*Saliendo oportunamente*) Desea Ud. más pan? (*Risas*)

MERCEDES

—(*Disgustada*) Ves el resultado de tu broma ridícula? Es Ud. un atrevido. (*Al criado*).

SALOMON

—Perdone usted, señora. Sólo pensé ser oportuno, para servirla.

MERCEDES

—Retírese Ud. (*Mutis de Salomón*)

RICARDO

—Le agrada a Ud. la música Aída?

AIDA

—Mucho. I suele decirse que la música es la amiga predilecta de las almas solitarias.

RICARDO

—Pero la suya está acompañada por la de Eugenio. Dos almas nacidas para amarse i que se quieren con pasión. (*Aída hace un gesto de disgusto*)

MERCEDES

—Se ha divertido mucho, Eugenio?

EUGENIO

—Sí, hemos visitado algunos lugares. Supuse encontrarte durmiendo. (*A Aída*)

AIDA

—(*Desdeñosa*) Supusiste mal...

MERCEDES

—(*Oportunamente*) Cuando dos buenas amigas se vuelven a ver, después de muchos años, tienen tantas cosas que contarse, tantas cosas que recordar, que miren Uds., recién íbamos por el prólogo. (*Risas*)

RICARDO

—Ya vez que tenía razón al decirte que debíamos quedarnos un par de horas más.

MERCEDES

—¡Ya lo harás, amor mío, ya lo harás!

EUGENIO

—Para otra ocasión. ¡Pero qué linda música!

MERCEDES

—Ya lo ve Ud. Esta es la hora en que se logra captar los mejores programas radiodifundidos. Cuando no existía la radio, qué triste era la vida de las señoras casadas que tenían maridos calaveras! Hoy, las señoras, mitigamos las penas escuchando las estaciones trasmisoras de todo el mundo; ¡cuántas veces al amanecer hemos podido captar un ritmo japonés! ¡I ese paquete? Qué es?

RICARDO

—No adivinas?

MERCEDES

—Sino me lo dices?

RICARDO

—Mujer, mi cariño de todos los días.
(*Le da el paquete.*)

MERCEDES

—(*Lo abre*) ¡Oh! Son los bombones que más me gustan. Sírvete, Aida.

AIDA

—Mil gracias.

MERCEDES

—I Ud., Eugenio?

EUGENIO

—Ya me he servido. (*Mercedes se acerca a la puerta del foro*).

RICARDO

— (*Después de una pausa*) Tengo sueño. Ahora van a ver Uds. como contagio a mi mujer. (*Bosteza fuertemente. Mercedes lo imita*) ¿Lo han visto Uds? ¿Vas a continuar escuchando música, Mercedes?

MERCEDES

—No; son las tres de la mañana i hay que dormir.

AIDA

—Eso mismo digo yo.

RICARDO

—Entonces, que duerman bien.

EUGENIO

—Gracias. Buenas noches.

MERCEDES

—Que se diviertan! (*Risas i Mutis*)

AIDA

—(*Pausa*) Ya no es posible continuar viviendo de esta manera. Esto es horrible i atormentador.

EUGENIO

—(*Con la mayor serenidad*) Sí, todo es horrible i atormentador en la vida. Hasta en la misma noche de boda de dos seres que se aman de veras, hay pesares, existen temores, se condensan sombras...! ¡qué sorpresas! Todo es tético en el mundo, todo. Lo bello, lo grato, se lo proporciona uno mismo. Soy de tu parecer. Pero cuando se goza de las exigencias que pide la sociedad, no hay por qué quejarse. Tienes todo lo que quieres: paseos, diversiones, lujo, joyas, todo aquello en que fincan la felicidad las féminas de tu temple.

AIDA

—Sí, es verdad. Pero todo eso se consigue con dinero i yo...

EUGENIO

—No lo tienes acaso?

AIDA

—Qué me importa el dinero!.... Si no es dinero lo que necesito; lo que busco es algo más grande, más de acuerdo con mi espíritu: la libélula de luz que no se ha hecho para el vulgo femenino!...

EUGENIO

—No te comprendo.

AIDA

—No quieres comprenderme. Además, yo... he resuelto... bueno...

EUGENIO

—Pero explícate. Qué quieres? Qué su-

COMEDIA DRAM. «LA MINA O EUGENIO DE LA E»

cede? ¡Haz uso de la franqueza que tanto pregonas! Dí lo que sientes!

AIDA

—Que no te amo, que te odio, que me casé contigo... por... por... pobre de mí. (*Marca el mutis*)

EUGENIO

—Qué no me amas? Qué me odias? I crees, acaso, que no lo sabía? (*Mutis de Aida. Eugenio apaga la luz i se inclina sobre un diván. El telón va cayendo lentamente.*)

TELON

13

ACTO SEGUNDO



ACTO SEGUNDO

ESCENA I

La escena se desarrolla en la galería de una casa rica. Pocos muebles, pero lujosos. Cortinas puestas por la parte interior de la puerta del foro, que será la que conduce a la sala. Alúmbrese con luz intensa, i a distancia de un metro, la puerta del foro, pues se trasluce un festival bailable de gran pompa.

Aida i José

AIDA

—(*Entra con José por la puerta del foro.*)
Canta Ud. admirablemente, amigo, i lo felicito.

JOSE

—Es Ud. mui galante, señora. Muchas gracias.

AIDA

—Mercedes me contó, en días pasados, que prepara Ud. viaje para Europa.

JOSE

—Es verdad. Pienso salir a fines del mes próximo. Pero me causa extrañeza el conocimiento de este particular por la señora Mercedes. Apenas hace pocos días que lo resolvió mi padre, i



nadie más que él i yo hemos tratado sobre mi jira. »

AIDA

—Quizá su papá le habrá contado a Mercedes.

JOSE

—Dice Ud. bien.

AIDA

—I va á permanecer allá algún tiempo?

JOSE

—Dos o tres años, a lo sumo. Amo tanto mi terruño, que no podría prolongar mi estadía en Europa. Mis amigos de la infancia i el calor del trópico son bienes que nunca podré olvidar.

AIDA

—Todo se disipa en el mundo. Ud. tiene dinero para distraerse a voluntad, i existen tántos lugares donde pasarla bien, que ya verá Ud....

JOSE

—Ojalá no se engañe. Sé que su esposo vivió muchos años en Europa. Como Ud. comprenderá, salgo por primera vez de mi patria. Me interesaría conversar un poco con él.

AIDA

—Para Eugenio será un placer.

—

ESCENA II

Dichos i Ricardo

RICARDO

—(*Tosiendo*) ¡Hola! Pero esta tos que no me deja tranquilo! Se diría que voy a enronquecer por completo.

AIDA

—Deje usted de fumar, Ricardo. Sabe que le hace mucho daño.

RICARDO

—A mal que no tiene remedio, hacerle buena cara. Qué más queda!...

AIDA

—(*Interrumpiendo*) Quedaría la viuda joven i con dinero. (*Risas*)

RICARDO

—Pero qué es de la vida de Eugenio? No lo encuentro por ninguna parte.

JOSE

—Hace poco lo dejé en la sala.

RICARDO

—Disculpen Uds., tengo que hablar con él. (*Tose*) Esta tos!... (*Marca el mutis*)

AIDA

—Continúe Ud., Ricardo. Qué se mejore!

RICARDO

—Gracias. (*Mutis, tosiendo*)

JOSE

—Don Ricardo es íntimo amigo de su esposo, verdad?

AIDA

—Ciertamente. Son muy buenos amigos. En cuanto se conocieron, intimaron. Hace ya algunos años, i esa amistad sigue en aumento.

JOSE

—La amistad, como una joya preciosa de la vida, debe conservarse celosamente. Alguién dijo por ahí: "para comprender el valor de la palabra amigo, debe estudiarse cien años por cada letra". ¡I mire Ud., vivir 500...!

AIDA

—¡Es vivir! ¿Así que se va usted para Europa?

JOSE

—Mi padre se empeña en que visite el viejo continente i no he podido menos que aceptar el mandato.

AIDA

—Pero, alguna chiquilla entristecida lo mirará partir i esperará su regreso con lágrimas en los ojos!

JOSE

—No lo crea. No amo a nadie ni soy amado. La mujer que reúne todas mis aspiraciones, es un imposible, hermoso engendro de mi fantasía. Es necesario partir lo más pronto. Olvidar sus encantos en la inmensidad de los mares, confundirme en las grandes capitales,

buscar el olvido de algo que es una ficción obsesionante.

AIDA

—¡Ah!..., entonces, es decir, ama Ud? Pero ama un imposible. ¿I tienen mucho tiempo esos amores?

JOSE

—Recién comienza el corazón a sentir los efectos de eso que la humanidad llama amor. En esta noche blanca de primavera, saturada de un efluvio que brinda vida i alegría, impregnado el ambiente de felicidad i de olores lejanos, ¡qué bello sería amar i ser amado! En esta noche que vivirá indeleblemente en mi recuerdo, he experimentado el sortilegio poderoso del amor.

AIDA

—(*Disimuladamente.*) ¡Qué romántico! Quizá alguna de las bellas damitas con quienes ha bailado Ud. esta noche...?

ESCENA III

Dichos i Mercedes, luégo Lola

MERCEDES

—Me permites Aída un momentito?

AIDA

—Con todo placer. (*Se levanta i se acerca a Mercedes.*)

MERCEDES

—Trata disimular un poco el interés que demuestras por José, es motivo de

variados comentarios por ... ¡Tú sabes, yo no digo nada!

AIDA

—Pero qué es lo que quieres decir?

MERCEDES

—Yo?... ¡Yo no digo nada! Es esa gente. Pero, desconfías de mí?

AIDA

—Qué voy a dudar de tí! Eres mi mejor amiga.

MERCEDES

—Gracias, gracias, Aída. I estás bien correspondida. ¡Oh, pero tú conoces cómo es la gente. Sólo viven atisbando al prójimo. Está corrompida la humanidad. Basta que vean conversar a una señora con un amigo... ¡i dale!.. ya es su amante.

AIDA

—Escuchaste algo contra mi persona?

ESCENA IV

Dickos i Lola

LOLA

—(*Entrando.*) Perdonen si les interrumpo.

AIDA

—De ninguna manera. Tengo mucho gusto en atenderla.

LOLA

—Mui agradecida, señora Aída. Estoy comisionada para solicitar a Ud. su pre-

sencia en la sala. Deseamos oírla cantar i espero que seremos complacidos.

AIDA

—No tengo inconveniente.

MERCEDES

—Pero, por qué no va Ud. a la sala, mi querido Pepe?

JOSE

—Deseo hablar con don Eugenio, i me parece más conveniente hacerlo en esta pieza.

AIDA

—Estaré con ustedes, enseguida

LOLA

—Encantada. Con perdón! (*Mutis por el foro.*)

MERCEDES

—(*Acercándose a Aída.*) Valga esta feliz oportunidad para que despidas a este jovencito que tiene cara de Dolorosa.

AIDA

—No vayas más allá, mujer. Tú sabes que no se trata más que de despertar los celos de Eugenio...

MERCEDES

—Lo comprendo, pero hay que evitar las antojadizas i comprometedoras interpretaciones. El hecho de que no quieras a tu marido, justamente, porque él es el causante de tu despego, no da para... ¡Dios me libre! ¡Yo no digo nada! Perdóname.

AIDA

—Tienes razón.

ESCENA V

Dichas, Ricardo i luégo Salomón

RICARDO

—(*Entra tosiendo.*) Usted disimule, Aída. Pero quien es mandado...

AIDA

—¡No es culpable!

MERCEDES

—Contén mis iras, Señor. (*aparte.*)

RICARDO

—La están esperando. I la sala desespera por oír la dulcísima voz que Dios prodigó a la mujer más bella i más buena de la tierra.

MERCEDES

—(*Aparte.*) Me ha hecho recordar nuestro viaje de luna de miel. Cómo arrullan las bellas frases! ¡Ay! (*Suspira.*)

AIDA

—¡Pero vamos!... Deme Ud. su brazo.

RICARDO

—Aquí lo tiene. (*Le da el brazo derecho.*)

MERCEDES

—(*Extendiéndole el brazo.*) Se más galante.

RICARDO

—¡Ah! Me distraje. Toma el brazo del corazón. (*Le da el brazo izquierdo i tose.*)

AIDA

—Qué felices son ustedes! Se quieren mucho, verdad?

RICARDO

—(*Alegremente*) Soy el príncipe encantado con qué sueño mi mujercita, según me lo ha confesado. (*Risas. Mutis.*)

JOSE

—(*Se pasea i después de una pausa.*) Por referencia sé que esta señora no ama a su marido. Que llevan una vida de completo aislamiento espiritual. Su bello rostro ha despertado en mi corazón las ansias del amor. (*Pausa.*) Suplicaré a mi padre, aplace, para otra ocasión, mi viaje a Europa. Mientras tanto, trataré de conquistar su cariño. Es muy fácil divorciarse i luégo..., si las cosas salen, como yo las deseo, un viaje de luna de miel hacia el viejo Continente. (*Se pasea.*)

SALOMON

—(*Sale por la puerta lateral con un charol i varias copas.*) Se sirve Ud. una copita de coñac, don Pepe?

JOSE

—Gracias, Salomón. A tu salud. (*Toma.*)

SALOMON

—Qué amable es Ud! I se ha divertido mucho el señor?

JOSE

—Bastante. La fiesta se desarrolla en medio de la mayor alegría.

SALOMON

—I cuándo se es joven i bien parecido, como usted, se goza de toda clase de atenciones. Otra copita, don Pepe?

JOSE

—No, gracias. (*Mutis de Salomón. José avanza hasta la puerta por donde entró Aída. Se oye el canto de Aída a la distancia.*) Pero qué voz tan melodiosa de mujer. (*Al final se oyen los aplausos.*)

ESCENA VI

Dichos, Ricardo, Lola i Eugenio,
Inégo Aída i Mercedes

LOLA

—(*Del brazo de Ricardo.*) Pero canta admirablemente la señora Aída. Qué orgulloso debe de estar don Eugenio!

RICARDO

—¡Orgulloso i feliz!... Son dos tortolitos que pasan mirándose todo el día, verdad Eugenio?

EUGENIO

—Felíz?... Sí. Mui feliz. (*Aparecen Mercedes i Aída.*)

JOSE

—(*Acercándose a Aída.*) Hágame el obsequio de aceptar mis más efusivas felicitaciones, señora Aída. En mi vida había escuchado algo igual.

AIDA

—Le agradezco.

MERCEDES

—Este tipo tiene cara de crucificado. (*Aparte.*)

AIDA

—Pero ya escuchará Ud. maravillosos conciertos en Europa. I a propósito de de su viaje, habló Ud. con Eugenio?

JOSE

—No me ha sido posible aún. Pero trataré de hacerlo al momento. Con perdón. (*Se acerca al grupo donde está Eugenio i lo toma del brazo sentándose juntos. Mercedes pasa al lado de Aida.*)

AIDA

—Siga Ud. (*Pausa.*) Qué impasible es Eugenio! Todas las cosas tienen para él el mismo valor, nada le conmueve. Esa indiferencia perenne es cruel, atormentadora.

MERCEDES

—Calla, por Dios.

LOLA

—(*Acercándose.*) Me acompañan a la sala?

MERCEDES

—Vamos. Vienes, Ricardo?

RICARDO

Soy con ustedes. (*Mutis de Ricardo, Mercedes, Aida i Lola.*)

EUGENIO

—Nada de particular encontrará Ud. en el extranjero. En todas partes del mundo se contempla el mismo sistema de vida. La misma lucha de clases. El capital i el trabajo. El lujo i la miseria. La alegría i el dolor. Todo, todo es igual. Con las variaciones del meridiano cultural.

JOSE

—Pero las leyes que rigen son más exactas, más de acuerdo con las doctrinas modernas.



EUGENIO

—¿Las leyes? Las leyes las hicieron los poderosos en provecho de sus intereses, como dicen los latinistas, **pro domo sua**: dejando lo flexible i fácil para ellos, i el rigor para los oprimidos i los desafortunados. Esas son las leyes que rigen en todo el mundo, las del embudo... salpicadas de oro i sangre. Leyes, balanzas de inmoralidad. Alguien que fué un chusco, las llamó también «papel de moscas».

JOSE

—(*Se pasa el pañuelo por la frente fastidiado.*)
—Ud. viajó mucho?

EUGENIO

—He recorrido casi todo el mundo. Mi juventud se quedó allá... entre los mares, como un bello cadáver flotante a la luz de la luna...

JOSE

—I su familia?

EUGENIO

—Mi familia... No la tuve... Es decir...

ESCENA VII

Dichos i Lola

LOLA

—(Interrumpiendo.) Don Eugenio?

EUGENIO

—Diga Ud., Lolita.

LOLA

—Me permite una curiosidad?

EUGENIO

—No satisfacerla sería un delito. La curiosidad es también un encanto de la mujer.

LOLA

—Si?...Ví anunciado en uno de los periódicos, que su hijo se recibirá de ingeniero en el curso de esta semana en la Universidad de Londres, i que retornará a la patria inmediatamente.

EUGENIO

—A más tardar estará aquí a fines de este mes. Hace catorce años que no lo vemos.

LOLA

—Pues tengo vivo interés en conocerlo.

EUGENIO

—Gracias, por el honor.

LOLA

—(Graciosamente) Ahora viene la segunda parte. ¡Vaya que soy molestosa! Pero Ud. disculpará.

EUGENIO

—Usted jamás molesta. Me es tan grato atenderla.

LOLA

—Muy galante. Espero de su amabilidad se deje escuchar. Sé que canta Ud. admirablemente.

EUGENIO

—No tal. Todas las aves cantan al amanecer. (*Riéndose.*)

LOLA

—Confío en que nos complazca, don Eugenio.

EUGENIO

—(*Mirando disimuladamente a José.*) Lo haré por Ud.

LOLA

—Me abruma con su obsequiosidad. Viene Ud., Pepe.

JOSE

—Soy con Uds. (*Mutis de Eugenio, Aída i Pepe.*)

ESCENA VIII

Bondad, luego Salomón i al final

Mercedes i Aída

BONDAD

—¡Qué feliz me siento en esta casa! La señora Aída es muy considerada y don Eugenio, un completo caballero. Pero noto en él una pena que no me explico. Quizá añora esos dorados tiempos idos... El recuerdo de alguna mujer querida...

SALOMON

—(*Saliendo.*) Tanto placer de saludarla, doña Bondad.

BONDAD

—¡Hombre de Dios, que me ha asustado Ud....!

SALOMON

—Siempre Ud. con sus nervios. Pero cómo le va en esta casa?

BONDAD

—A pedir de boca. Esta sí que es buena gente,

SALOMON

—Me alegro mucho de que esté usted conforme aquí, lo que ya es bastante.

BONDAD

—I Ud. sigue soportando la neurastenia de la señora Mercedes?

SALOMON

—Será por poco tiempo. Pero discúlpe-me que ya vienen los patrones. (*Mutis.*)

BONDAD

—Bien. (*Mira por todos los lados*) I yo con mis huesos cansados por esta puerta... (*Mutis.*)

AIDA

—(*Sale con Mercedes.*) Ha cantado como nunca. Pero hay en su voz algo desconocido, algo que no puedo comprender. (*Pausa.*) Siempre esa tristeza manifiesta. En todo un enigma... i luego el silencio...ese silencio... (*transición.*) Sí, es necesario desahogarme. Vivir una vida más de acuerdo con mi rango, con mi temperamento... Porque para Eugenio, no soy más que un artículo de lujo que adquirió en un famoso bazar a precio subido. ¡Oh! (*Llora.*)

MERCEDES

—No te pongas así. Déjalo a él que haga su vida de... ¡Qué iba a decir!... Dios me libre! ¡Tú sabes que yo no digo nada! Trata de divertirte... no hay porque entristecerse. Tú no lo quieres... eres bonita... estás joven... tienes dinero... pronto llegará tu hijo... ¡podrá administrar tus bienes. ¡Te aseguro que si Ricardo fuera como tu marido..., ya le hubiera dado el pasaporte.

ESCENA IX

Dichas i Eugenio, luégo Ricardo

EUGENIO

—Disimulen si les interrumpo.

MERCEDES

—Interrumpirnos, jamás!

EUGENIO

—Me dan razón de Ricardo?

MERCEDES

—(*Señala a Ricardo que aparece.*) Ahí tiene Ud. al rey de Roma.

RICARDO

—Para serviros.

EUGENIO

—Me permites dos palabras.

RICARDO

—Soy todo oído. (*Se apartan.*)

AIDA

—Quiso sorprender nuestra conversación.

MERCEDES

—No lo juzgues así, Aída. (*Cambiando el tono de voz.*) Mira, vamos a la sala.

AIDA

—Es lo mejor. Vamos. (*Mutis de las dos*)

RICARDO

—I de qué hablabas con ese jovencito?

EUGENIO

—Me pidió que le informara de la vida de otros países. Saldrá con rumbo a Europa a fines del mes.

RICARDO

—Creí que se trataba de otra cosa. (*Tose.*) Me marchó. Amenaza illover, el cielo está nublado i temo una gripe que unida a esta terrible tos asmática, tendría para rato.

EUGENIO

—Si deseas servirte un coñac, para pedirlo.

RICARDO

—Nada más oportuno, Eugenio. (*Mutis de Eugenio, para salir enseguida. Tose fuerte.*)

**Dicho, luégo Lola con José. Eugenio
con Salomón i después
Mercedes con Aída**

ESCENA X

LOLA

—Holal, don Ricardo. Qué hace usted a solas?

RICARDO

—Conversaba con Eugenio i como me atacó un acceso de tos, fué en pos de una copita de coñac.

JOSE

—El coñac es un medicamento en toda edad.

EUGENIO

—(*Con Salomón, éste con un charol i una copa.*)
Aquí tienes el remedio.

RICARDO

—¡Gracias, doctor! (*Rien.*)

LOLA

—Siempre tan ocurrido, don Ricardo.

RICARDO

—Salud. (*Entran Mercedes i Aída. Ricardo al verlas, tose.*)

JOSE

—Buen provecho.

MERCEDES

—Lo ves, Aída? Es insoportable.

AIDA

—Pero le calmará la tos. No lo toma por vicio. El coñac es medicina en toda edad.

MERCEDES

—Pero, se sube a la cabeza i entonces daña i no cura.

LOLA

—Es hora de retirarnos.

EUGENIO

—Tan pronto?

COMEDIA DRAM. «LA MINA O EUGENIO DE LA E»

LOLA

—Son las tres de la mañana.

RICARDO

—Espere Ud. un rato más.

LOLA

—Lo haría gustosa, si Ud. recordando buenos tiempos, nos hiciera oír una de las bellas canciones en que usted es fuerte.

RICARDO

—Oh!, encantado, Lolita. (*Tose preparando el pecho.*)

AIDA

—Eugenio?

EUGENIO

—(*Con sorpresa.*) Me llamabas?...

AIDA

—Acompáñame a la sala.

EUGENIO

—Al momento. (*Mutis. Mercedes, se arregla el pelo en un espejo*)

RICARDO

—(*Después de una pausa.*) Chiribiribi, etc. (*Entonando el Valse.*)

MERCEDES

—No hagas el ridículo.

LOLA

—No tal, señora Mercedes. Está muy lejos de él.

JOSE

—Goza de muy buen humor. Déjelo Ud. que bromea.



MERCEDES

—Es un guasón. (*Disgustada.*)

LOLA

—(*Después de una pausa.*) Qué la pasen Uds. bien. Buenas noches, señora Mercedes. Hasta otro día, don Ricardo.

RICARDO

—Felicidad, Lolita.

LOLA

—Gracias. Buenas noches, José.

JOSE

—Que le vaya a Ud. bien. (*Mutis de Lola*)

MERCEDES

—El apuro que tiene de irse, es porque el enamorado la está esperando en la esquina i como el hermano es un.... ¡Qué digo! ¡Dios me librel! ¡Yo no digo nada! Usted me conoce muy bien, José.

JOSE

—Oh!, señora Mercedes. Quién descon-
fia de Ud?

MERCEDES

—(*Toses de Ricardo.*) Esta mañana con-
versaba con su papá acerca de su viaje.

JOSE

—Qué le parece?

MERCEDES

—Admirable. (*Sale, Aida. José pasa a ha-
cerle compañía a Ricardo.*) Te esperaba.

AIDA

—Aquí me tienes. (*Muy seria.*)

MERCEDES

—Son las tres i cuarto de la mañana, i

tengo que asistir a la misa de Nuestra Señora del Socorro, me retiro de prisa.

AIDA

—Espérate un momento.

MERCEDES

—Luégo vendré a verte. Además se ha indispuerto Ricardo. Le hace tanto daño fumar, que, enseguida, es víctima del ataque asmático. (*Toses de Ricardo.*) Lo oyes?

AIDA

—Pobrecito. Ojalá se mejore.

MERCEDES

—Gracias. (*Medio mutis.*) ¡I qué te diviertas mucho!

AIDA

—Trataré de hacerlo.

JOSE

—Estoy sumamente reconocido de sus atenciones, señora Aida.

AIDA

—Ud. disimule. Recuerdos a su papá.

JOSE

—Buenas noches.

AIDA

—Muy buenas. (*Mutis de José.*)

MERCEDES

—¡Qué jovencitos éstos!... ¡Pero qué digo!...Vamos, vamos, Ricardo. (*Mutis de Aida, Ricardo i Mercedes.*)

ESCENA XI

Bondad i Aída, luégo Eugenio

BONDAD

—(*Saliendo.*) Por fin se fué la vieja, odioso esperpento. (*Limpia los muebles con el plumero.*) I, por fin, también, se acabó este bailongo. ¡Vaya, que meten más bulla los jóvenes de ahora!

SALOMON

—(*Sale por una puerta lateral.*) Hasta otra vista, doña Bondad. (*Mutis por el foro.*)

BONDAD

—(*Avanza hasta la puerta del foro.*) Qué le vaya a Ud. bien, don Salomón! ¡Qué gente! ¡Qué gente!... (*Al tratar de salir por la puerta lateral derecha, se encuentra con Aída.*) ¡Mala cara trae la señorita! (*Aparte.*) Me necesita, la señora?

AIDA

—Sí. Deme usted la revista que traje esta mañana.

BONDAD

—Al momento, señora. (*Entra i sale con la revista.*)

AIDA

—Qué fastidio! Qué desilusión! (*Se sienta frente a una mesa de centro, donde debe verse un retrato. Toma la revista que le entrega Bondad. La pausa queda a capricho de la actriz.*) ¿Quedan muchas personas en la sala?

BONDAD

—Las de Aragón, que se marchan ya, i don Samuel que está alzando la última

copa. ¡Usted sabe que ellos sólo vienen por la mesa i la cantina! ¡Qué gente, Dios mío!

AIDA

—Puede retirarse.

BONDAD

—Si me necesita luego, llámeme. (*Mutis.*)

AIDA

—(*Finge leer. Luego pone el libro sobre la mesa*) Esto no puede continuar así.

EUGENIO

—(*Entrando.*) Buenas noches, Aída. Qué duermas bien! Voy a mis habitaciones.

AIDA

—Otra vez solos. (*Aparte.*) Vas a tus habitaciones?

EUGENIO

Sí, voy a reposar, estoy rendido i tengo sueño. Además, ya se han marchado todos los invitados. Buenas noches. (*Marca el mutis.*)

AIDA

—Espérate un momento. Deseo hablar contigo.

EUGENIO

—Hablar conmigo? ¡Me sorprende! Ya me estaba olvidando hasta del acento de tu voz.

AIDA

—Es necesario que nos entendamos, que hablemos con franqueza.

EUGENIO

—Qué nos entendamos? Qué hablemos con franqueza? No te comprendo.

AIDA

—Luégo me comprenderás. Estoy cansada de tu indiferencia. Has creído que sólo del lujo i del dinero puede vivir una mujer de mi espíritu?

EUGENIO

—Ahora te entiendo menos. ¿Quisieras explicarte mejor?

AIDA

—Es necesario quitarse las caretas. Tú has hecho de mí un objeto de distracción, de burla, acaso de venganza. Eres cruel i cínico. Te casaste con una mujer de rango, para llegar a ser «Señor» de sociedad. Me has dado un apellido, que, por cierto, no es el tuyo.... Estoy segura que Eugenio de la E, no es más que un nombre supuesto que has buscado para disfrazarte... ¿Quién serás tú?...

EUGENIO

—Eugenio de la E. Un minero.

AIDA

—Mientes, mientes impávidamente. Por qué te niegas a presentarme a tu familia? Por qué evades la respuesta cuando te pregunto por tus antepasados? Debes tener alguna mancha que no se limpia fácilmente. La cuantiosa fortuna que disfrutas, debe ser obra de la socaliña i de la experiencia, verdad? (*Con sarcasmo.*) Te odio, te desprecio, eres un miserable.

EUGENIO

—(*Saca la chequera del saco.*) Necesitas dinero? (*Muy sereno.*)

AIDA

—Lo que necesito es conocer tu vida al desnudo. Quién eres tú, de dónde procedes, i después de saberlo...., huír de tu lado, huír de tí, como de una fiera.

EUGENIO

—No debías haberte casado con una fiera domesticada. Tuya es la culpa.

AIDA

—Crees acaso que me casé por amor? No, nunca. Me contaste la historia de un amigo que jamás existió, yo deseaba vivir esa vida de sorpresas, de lucha, de heroísmo, que dices que vivió ese amigo creado por fantasía i ese amigo...ese amigo eres tú. Si tienes el suficiente valor de contradecirme, habla, habla pronto.

EUGENIO

—Bien, hablaré. Era una noche negra como la conciencia de un malvado. Sería más o menos las once. Llegó mi padre a casa. Todos dormían, menos mi madre i yo, élla velaba en una silla. Qué es de mi gabán?—preguntó mi padre. Mamá se levantó precipitadamente con direccion a un armario, pero el gabán había desaparecido, no estaba allí. Mi padre montó en cólera i arrojó sobre el rostro de esa santa mujer que me dió el sér, sus guantes. ¡Era un cruel linajudo! Ella inclinó la cabeza sin exhalar un reproche o un quejido. Entonces, mi padre volviendo la

cara le dijo: «Eres una infeliz, una pobre campesina. Me casé contigo por tu dinero. Esos son tus hijos, no los míos. Jamás podrá confundirse el aristocrático nombre de los...»

AIDA

— Habla, dí ¿cuál es tu apellido?

EUGENIO

— Ya no te interesa saberlo. Alzó el bastón i lo dejó caer pesadamente sobre el débil cuerpo de mi madre. Con rapidez vertiginosa salté de mi lecho, logrando detener el bastón de mi padre que, por segunda vez, trató de golpearla. Entonces, éste rugió como fiera herida i se ensañó sobre mi cuerpo, maltratándome despiadada i terriblemente. Cuando recobré la razón, mi pobre madre había muerto. La desesperación i el dolor físico acabaron con su vida. (*Pausa.*) Abandoné la casa paterna i fuí en pos de trabajo a una mina distante. Solicité ocupación al dueño i diómela éste, entregándome un pico i una lampa. Sorprendido le respondí que no podía desempeñar aquella faena. Rióse, diciéndome a la vez: “Aquí se necesitan músculos, no apellidos; hombres hechos para el trabajo i no figuritas, como la tuya, rapazuelo. Es lo único que te puedo ofrecer.” Lo acepté, pues tenía hambre. No resistía a la dureza del trabajo; pero la voz del capataz imperiosamente me obligaba a la tarea. I allí, con el sudor de mi cuerpo, aumentaba más i más la fortuna del amo. Se encallecieron mis

manos i se endurecieron mis músculos. El trepidar de las calderas pedía más sudor... ¡clamaba sangre! El humo que cubría el espacio reducido de la mina me asfixiaba; pero había que bregar por superarse todos los días. Luego vino un incendio en que murieron muchos compañeros. Cuando fuí a ver al amo, éste me arrojó impiadosamente. ¡Había perdido un embarque! Otra vez sin pan i sin abrigo, pero ya con los brazos aptos para la lucha con el destino. Rodé tierra, enfrentándome a la vida con todo valor i optimismo... Conquisté fortuna, honradamente. Te ví, en aquella noche blanca que ha quedado en mi recuerdo como una estela luminosa que da luz a las tinieblas de mi alma, i te amé. Bien sabía que no me amabas, pero yo no podía vivir sin estar a tu lado. Ha pasado el tiempo i estamos todavia al principio, pudiendo repetir yo, como alguien que no recuerdo ahora: "todo ha cambiado, pero es lo mismo". La misma indiferencia tuya a mis atenciones i desvelos; el mismo despego de tu espíritu por el mio tan rendido a tu seducción personal, a pesar de la esquivez e ingratitud que debían desmejorarte a mis ojos, si ellos pudieran verte como eres en realidad... Ahora, es necesario que yo parta para siempre. Mi fortuna es para mi hijo i para tí. Ese oro no brillantará tus acciones, pero ha de realzar tu posición en el mundo, te creará una nube de esplendores ofuscantes, entre los que se destacará tu figura opulenta de mujer insen-

sible, vaso de bordes almibarados i heces amargas. i mortales! ¡Adiós!

AIDA

—I adónde vas?

EUGENIO

—El proscrito caminante que después de obstinado ambular encontró su felicidad, la ha perdido i retorna al mundo en que viven los ignorados... Allá... (*Señalando las distancias.*) Allá, en ese como tablado de Arlequín, que está presentando por los siglos la misma farsa: "golpes de caída i cicatrices de suplicio"...

AIDA

—Llévame contigo. Quiero vivir esa vida de inquietud i de zozobra que te enseñó a ser lo que eres, un enigmático! ¡Llévame! ¡Arrástrame! (*Con ansiedad.*)

EUGENIO

—No puedo. Mejor dicho, no debo.

AIDA

—Si fue por eso que me casé contigo enamorada de los azares de la vida, de esa vida truhanesca i deleitante que tu me hiciste conocer, de ese mundo fantástico, doloroso i placentero en que conviviste con seres de tu temple. Por eso me casé contigo para vivir tu vida múltiple, intensa, agotadora, pero atractiva siempre. Vida que me revelaste con sus matices, sus sonidos, sus compases de silencio, de luz, de sombra. (*Pausa. Eugenio, mira profundamente el retrato de su hijo que está sobre la mesa.*) ¿Callas?... ¡Has

clavado tus ojos en el retrato de nuestro hijo! No te preocupes por él. Le diremos que hemos ido a recorrer el mundo, i a nuestro regreso, cuando ya seamos viejos, le contaremos nuestras vidas. ¡Llévame! ¡Arrástrame junto a tí! (*Tono de voz de la situación*).

EUGENIO

—¡Es imposible! Cómo volver a la juventud que se marchitó en el duro talar de la mina, i quedó, para siempre, en la encrucijada del camino? (*Marca el mutis.*)

AIDA

—No, Eugenio. no; tu no puedes marcharte. Me moriría de pena i de dolor. ¡Te amo! ¡Te amo! (*Con vehemencia.*)

EUGENIO

—¡Qué! ¿Me amas? Viviré de tu cariño, de tu recuerdo gratisimo!

AIDA

—(*Con angustia.*) No, no puedes dejarme. Acuérdate de nuestro hijo... ¿Qué podré yo responderle cuando me pregunte por tí? (*Entre sollozos.*)

EUGENIO

—Pucs... le respondes...

AIDA

—Qué?... .

EUGENIO

—Que desaparecí en el incendio de la mina. Que de esta caparazón extenuado no queda sino un vago recuerdo en tu mente. ¡Adiós! (*Mutis.*)

AIDA

—¡Eugenio! ¡Eugenio! (*Avanza llorando hasta la puerta del foro, que cerró Eugenio al salir. Luego retorna i se sienta en la butaca completamente abatida. La escena queda a capricho del actor.*)

ESCENA XII

Dicha, Bondad i al final Jorge

BONDAD

—Cálmese usted, señorita Aída. El señor ha de regresar. La quiere mucho. ¡Si no conociera yo a los hombres! (*Aparte.*)

AIDA

—Se ha marchado para siempre. ¡Jamás lo volveré a ver! Eso lo he temido toda la vida. ¡Ah, pero soy yo la culpable!

BONDAD

—Ya verá usted que él regresa, ya lo verá! Mi marido me abandonó un sinnúmero de veces i regresó todas tan orondo!... Voy a traerle un poquito de agua del carmen para esos nervios. (*Mutis por lateral derecha.*)

AIDA

—¡Qué castigo, Dios mío! ¡I qué podré contestarle a mi hijo cuando me pregunte por él? (*Se abre la puerta del foro i aparece Jorge, que arroja el abrigo i el sombrero sobre una silla i se precipita para abrazar a la madre. Sacra del abrigo el título.*)

JORGE

—¡Madre! ¡Madrecita!

AIDA

—¡Oh, hijo del alma! (*Se abrazan.*)

JORGE

—Quise sorprenderlos de esta manera. Pensé alcanzar la fiesta i sin embargo he llegado tarde.

AIDA

—Pero, no supistes decirnos nada?

JORGE

—Ni una palabra, madre. Pues sólo quiero poner a vuestras plantas este título como una demostración de mi cariño, de mis respetos por vosotros. (*Mira por todos los lados.*) I mi padre?

AIDA

—Tu padre!...

JORGE

—Que es de él? (*Mira fijamente a los ojos de la madre.*) ¡Oh, pero veo que has llorado!

AIDA

—Lágrimas de felicidad al verte, hijo mío.

JORGE

—No, madre, no. Son lágrimas continuadas. Pero,... i mi padre?

AIDA

—Tu padre... hijo...

JORGE

—Pero qué es esto, ¿por qué no respondes? Dónde está él? (*Monologando*) (¿I ese hombre que bajaba precipitadamente las escaleras en el momento que yo subía? Si estará sucediendo aquí el mismo caso de

esa mujer que, abandonando al marido, fugó con el amante i éste robándole las alhajas se le escapó en el primer puerto de la ruta? ¡No, no lo quiero creer!... No puede ser!...) ¿No está mi padre en casa?

AIDA

—Tu padre...

JORGE

—¡Ah, ya comprendo! Ese individuo que como un ladrón descendía velozmente las escaleras, debe ser el causante de tus lágrimas, verdad? Debe ser el ladrón de la hora de los de la E. Debe ser tu aman...
(Resuelto.)

AIDA

—¡Impío! (Transición) I dices bien. Ese hombre que bajaba las escaleras, es el autor de mis lágrimas, es un ladrón, pero no de horas... es el ladrón de mi felicidad, de mi alegría. Ese hombre que dices que debe ser mi aman... es tu padre!

JORGE

—(Sorprendido.) ¿Es mi padre? (Sonríe maliciosamente) Pues entonces voy tras sus huellas. Lo alcanzaré, es necesario alcanzarlo. Lo alcanzaré algún día, madre, porque llevo en mis ojos grabado su rostro. (Mutis por el foro. Aída se desploma abatida en la butaca, sollozando. Bondad, aparece con una taza en la mano i luégo de una pausa, se acerca a Aída con toda ternura.)

BONDAD

—Tome un poquito de agua del Carmen, señorita Aída. Esto le confortará los nervios. Suele decirse que es el remedio

eficaz de las señoras que sufrimos las crueldades del destino. Tómelo Ud. (*Pausa.*) Cuantas veces mis ojos se nublaron de lágrimas i se negaron al sueño, al verme abandonada por los seres más queridos, i cuantas veces, también, mi corazón rebosaba de contento al sentirse acariciado por las dulces palabras de consuelo. ¡Así es el mundo, señorita Aída! (*Tono de voz declamatorio. Suena el timbre*) ¿Quién llamará a esta hora? Voy a ver quien es.

ESCENA XIII
Dichos i Salomón

SALOMON

—(*Aparece cuando abre la puerta Bondad.*) Ud. disculpe, doña Bondad. Pero es el caso que se le ha olvidado el bolso a la señora i me manda por él.

BONDAD

—Espere Ud., voy a buscarlo. I dígame que tenga más cuidado para otra ocasión! ¡Pero que vieja tan impertinente! (*Mutis por lateras i sale enseguida.*) ¡Ni que hubiera tenido dinero!

SALOMON

—Como que lo ha abierto Ud.?

BONDAD

—Quería saber que contenía. ¿Es un delito?

SALOMON

—Atrevimiento, sí. Pero... hasta pronto, doña Bondad. (*Marca el mutis.*) I dígame, puede facilitarme algo con qué defenderme en caso...

BONDAD

—De un asalto? ¡Que cobarde!

SALOMON

—Cobarde yo? Pues está Ud. engañada. ¡Soy muy valiente! Pero resulta que al cruzar la esquina tropecé con un jovencito que corría como loco i cogiéndome de la solapa del saco me dijo que si era yo Eugenio de la E. ¡Mire Ud. confundirme con el señor!

BONDAD

—¡Es una locura! Pero los valientes no necesitan de armas para defenderse. ¡Vaya Ud., don Salomón! (*Le cierra la puerta.*) Sírvase el agua del carmen, señorita Aída.

AIDA

—Déjeme, quiero morir. He perdido a mi hijo también.

BONDAD

—Cálmese. Ya verá Ud. como ellos regresan i entonces la felicidad reinará en este hogar.

AIDA

—Conozco demasiado el carácter de mi hijo, sé que no vendrá mientras no encuentre a su padre, i éste, no lo hará jamás.

BONDAD

—Dios es muy grande, señora. El hará que regresen a su lado. Tome un poquito de agua del carmen que la tranquilizará. Pero me ha sorprendido la forma inopinada como ha llegado el señorito Jorge, cuando nosotros lo esperábamos para fines del mes.

AIDA

—Es el prototipo del padre. ¡I saber que los quiero tanto! (*Se oyen pisadas fuertes subiendo las escaleras.*)

BONDAD

—Alguien sube, señora. ¡Si será don Salomón!

AIDA

—Vaya a ver quién es.

BONDAD

—Al momento. Pero sírvase Ud. (*Pausa. Aída se lleva la taza a los labios.*) Así. Esto le hará bien. (*Mutis.*)

ESCENA FINAL

Dicha, Eugenio, Jorge i Bondad

JORGE

—(*Impositivamente.*) Aquí tienes tu, madre, a este hombre que bajaba como un ladrón i que dices que es mi padre... Lo alcancé.

EUGENIO

—(*Mira a Jorge tratando de recordar a su hijo.*) I has dudado de la santa mujer que te dió el sér, ingrato. I si he venido hasta aquí, ha sido por ella, puesto que ni siquiera te había reconocido. (*Jorge mira suplicante a la madre.*)

AIDA

—Dios nos ha otorgado esta gracia, hijo mío. (*Jorge solloza.*)

JORGE

—¡Oh, padre, perdón!

EUGENIO

—Atiende a la buena de tu madre, que perdonado estás hijo del corazón.

JORGE

—Gracias, padre, gracias. (*Jorge se acerca a la madre lentamente.*) ¡Madre! (*Con profundo afecto de arrepentido. Aída, lo toma entre sus brazos. Eugenio, hace mutis por el foro. Bondad se lleva el pañuelo a los ojos.*)

AIDA

—Ven a mis brazos, hijo mío. ¡Que puede perdonar una madre cuando nunca se sintió ofendida! ¡Oh, mi dulce pequeñito!

JORGE

—¡Que buena eres, Dios te bendiga madre del alma! Ven hasta nosotros padre para que se haga más intenso este momento de indescifrable felicidad.... Padre?...

AIDA

—(*Mira con ansiedad por todas partes. Bondad inclina la cabeza.*) Lo hemos perdido para siempre.

JORGE

—Como, que se ha marchado?

BONDAD

—Don Eugenio abandonó la casa, sigilosamente, mientras Ud. abrazaba a su madre.

AIDA

—Esta vez no volverá.

JORGE

—Espera madre. Lo alcanzaré de nuevo. (*Se asoma a la ventana.*) Es inútil. Se marchó en el auto que nos trajo. Lo hemos perdido.

AIDA

—I esta vez, para siempre, hijo mío.

TELON

